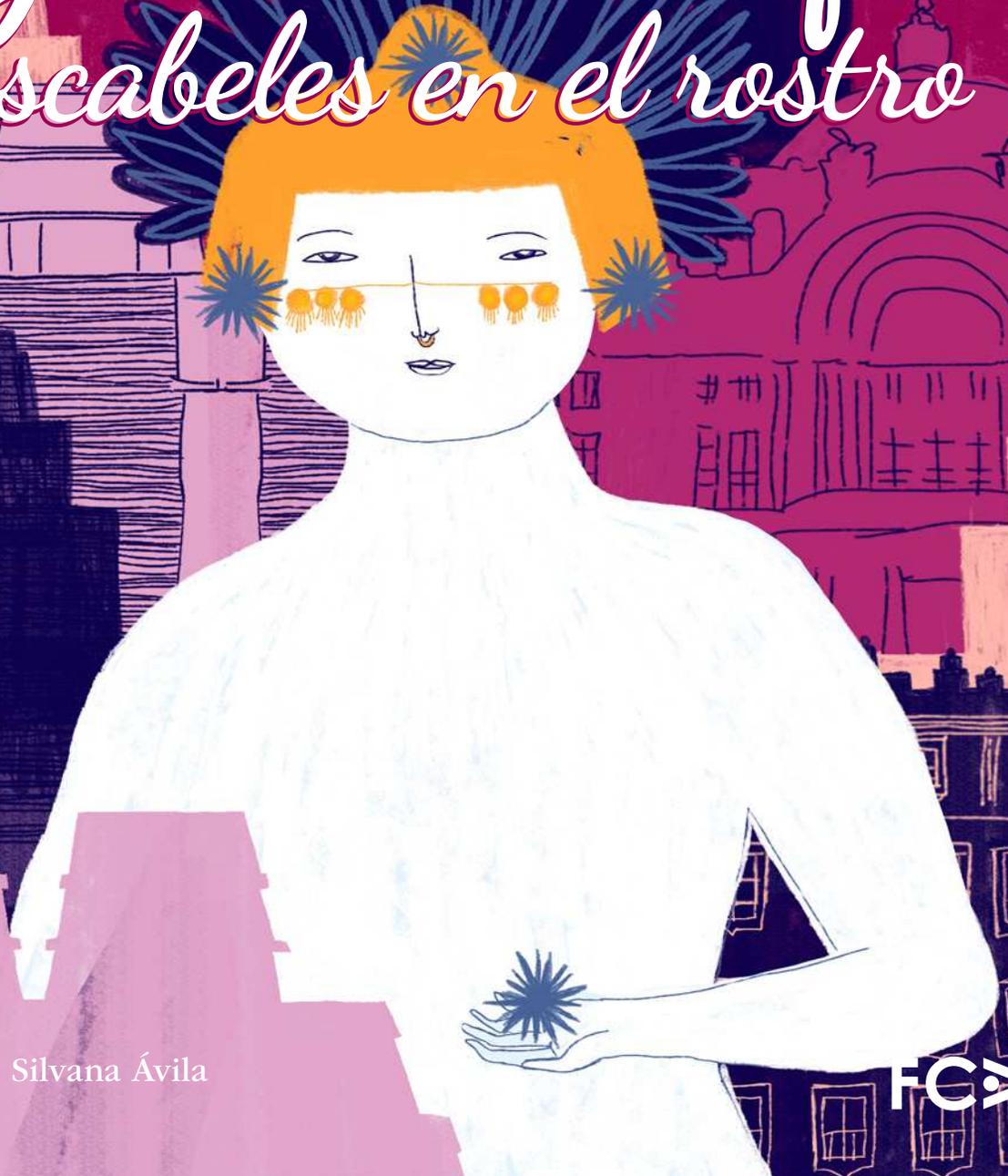


Coyolxauhqui

Cascabeles en el rostro



Edna Aponte y Silvana Ávila

FCVS

La cintura de Coyolxauhqui

Me esculpieron
en un monolito
andesita rosada.

Vestia colores rojo amatita, ocre
geotita, blanco calcita, negro del humo y azul
de hojas de añil; eran los colores de mi Templo.

Tengo orejeras con cascabeles;
mi penacho azul del cielo diurno.

Mis huaraches se mueven con mis senos del pezón azul.

Una tiara roja cruza mis mejillas;
sostiene mis preciados
adornos
cascabeles.

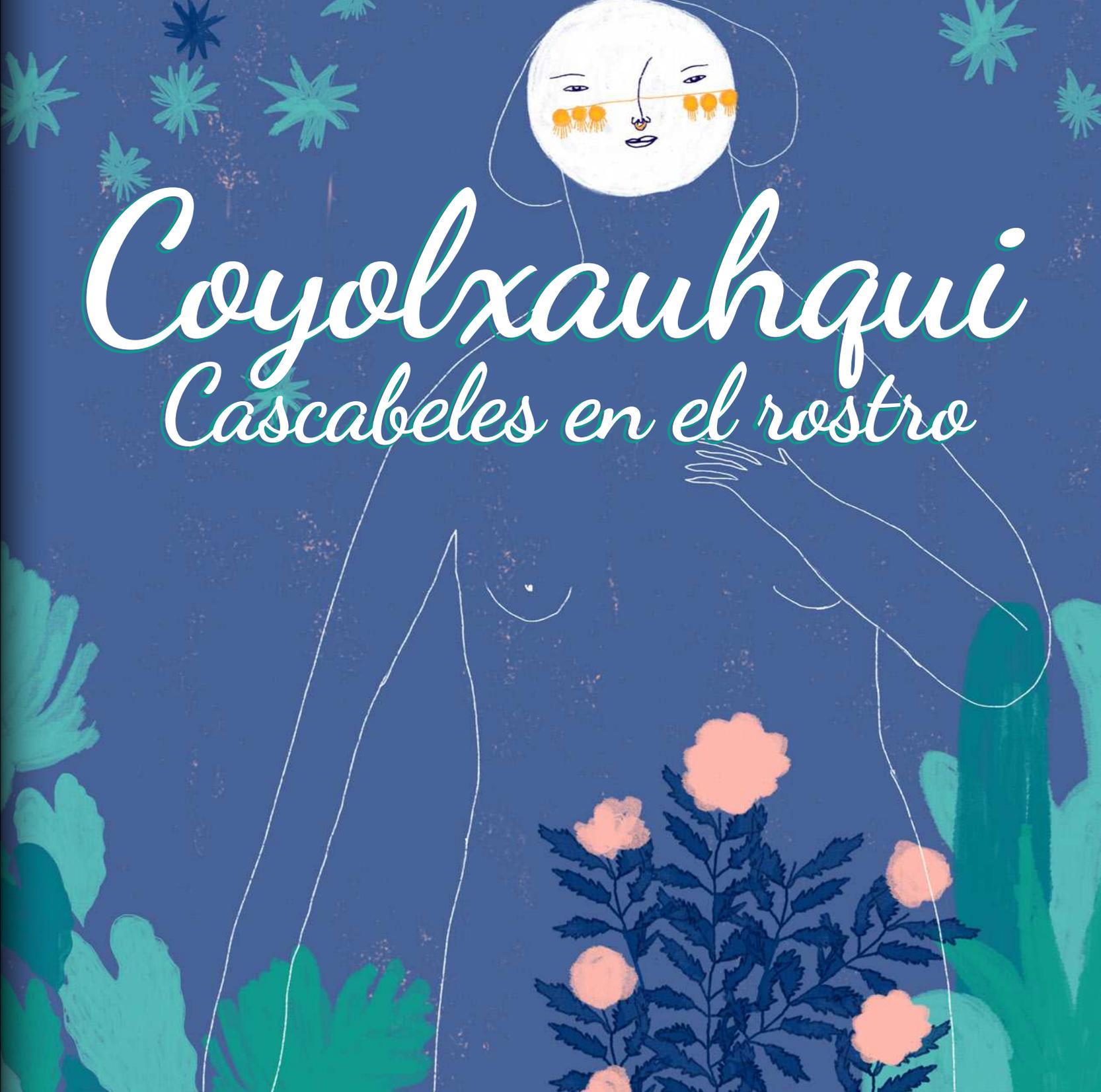
Mi cuerpo
está desnudo, desmembrado.
Mi cintura atada
con dos maquizecóatl.
Serpientes de unión con mi
hermano Sol, anudadas al infinito.
En mis brazos también
anudan las serpientes.
Como soy mujer, soy
una diosa selenita. Soy
la que tiene
adornos, soy la
luna.

A todos los niños que han soñado
o soñarán con la luna
— Edna



Coyolxauhqui

Cascabeles en el rostro



Escribo en mi diario donde guardo poemas y sueños. Mi nombre es Metzli, que significa "luna" en náhuatl. Uno de mis sueños era hablar con la luna, saber su historia, su antiguo nombre y cómo llegó tan alto. Así que una noche, al mirar su luz, pensé en enviarle una carta.

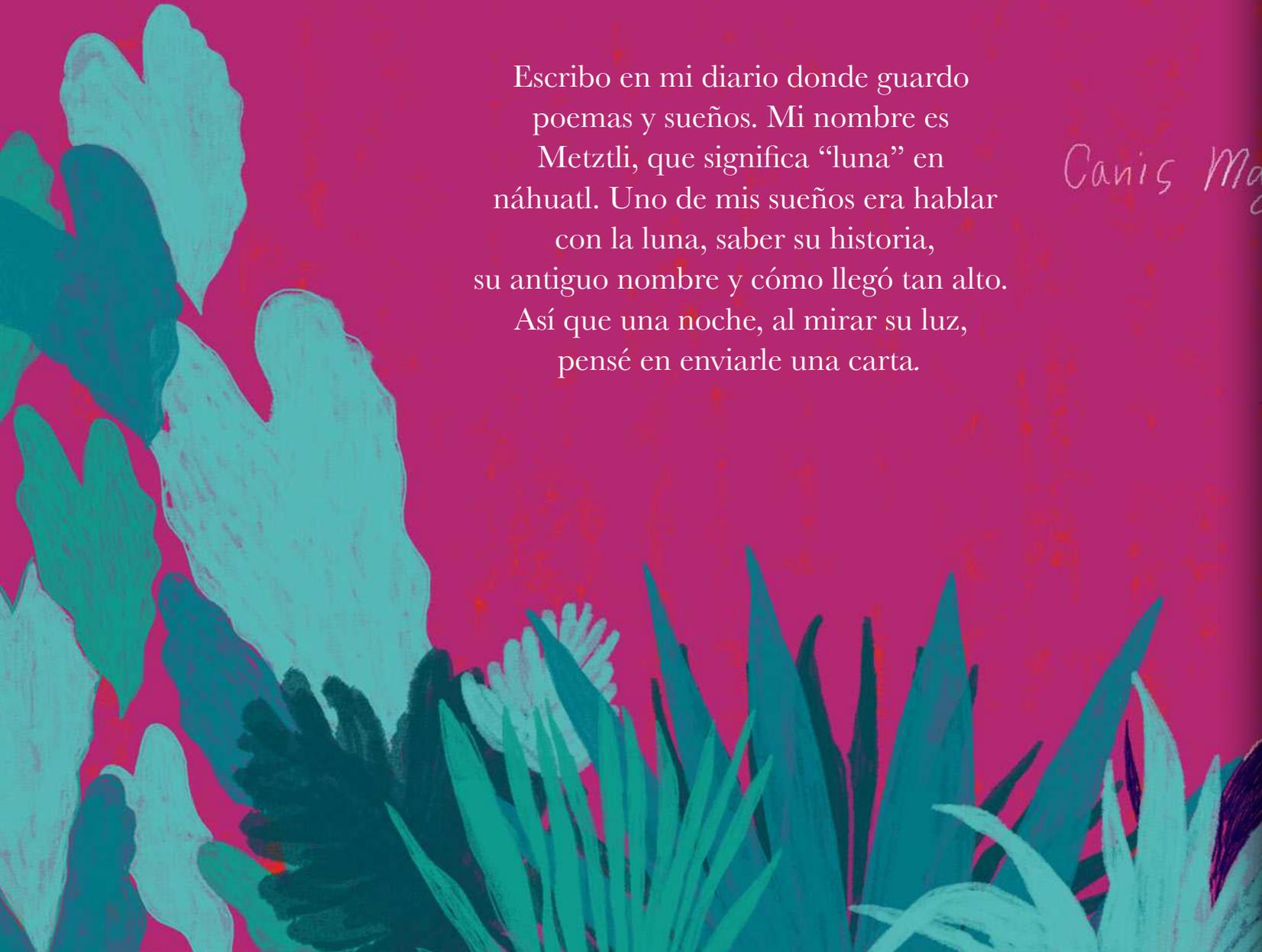


Canis Major

Beta

Sirius

Saiph



Querida luna creciente:

Soy Metztli. ¿Cómo estás? ¿Cómo te va en el cielo? Me imagino que no estás solita como yo; tienes a tus estrellas, y a mí, que soy tu admiradora. Te escribo respetuosamente para ofrecerte uno de mis poemas, espero que te guste:

Luna cascabel de perlitas,
dulce pelotita, déjame tocarte,
abrazarte;
quiero ser tú.

Quiero pedirte que vengas a mi casa para preguntarte cosas, ¿cuándo puedes? Te dejo mi dirección: calle Guatemala 5, colonia Centro, Ciudad de México.

Tu admiradora.





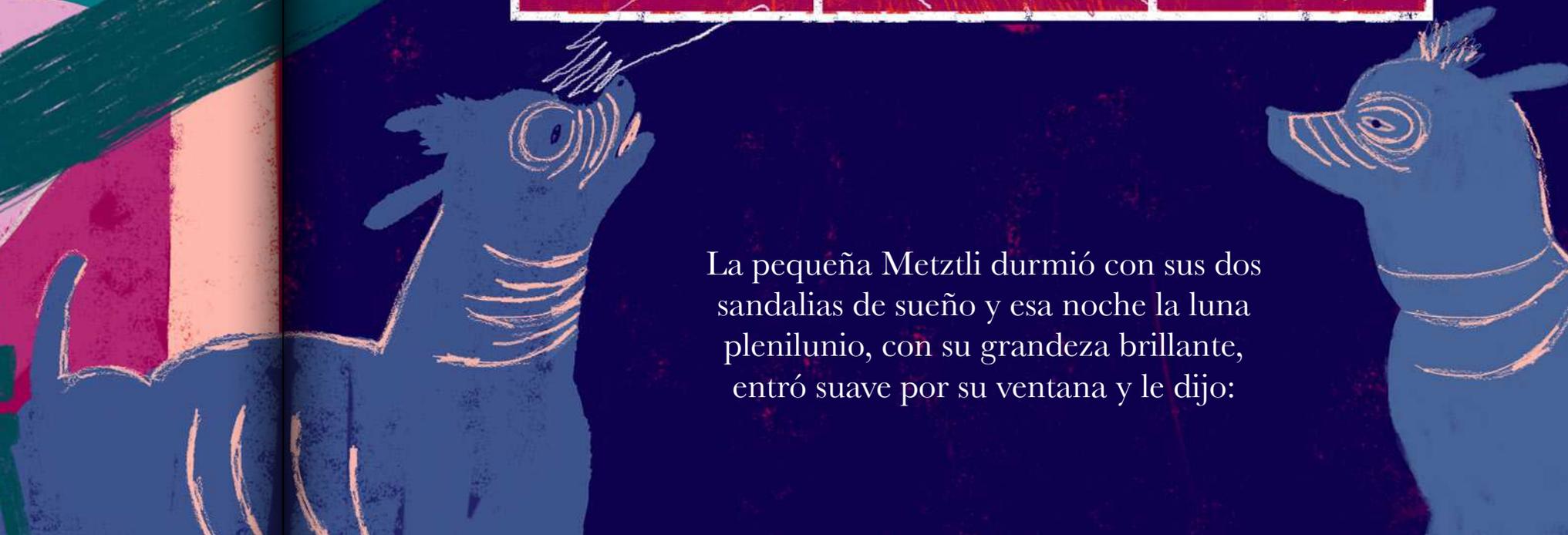
Lunita menguante:

Aún no recibo tu respuesta, ¿estás ocupada? O tal vez tienes muchas fiestas. Para salir de dudas le pregunté a mi abuelito si él había podido hablar contigo alguna vez; me dijo que sí, que cuando dormía y soñaba te veía y podían platicar. Jugaré a cerrar los ojos para soñarte.



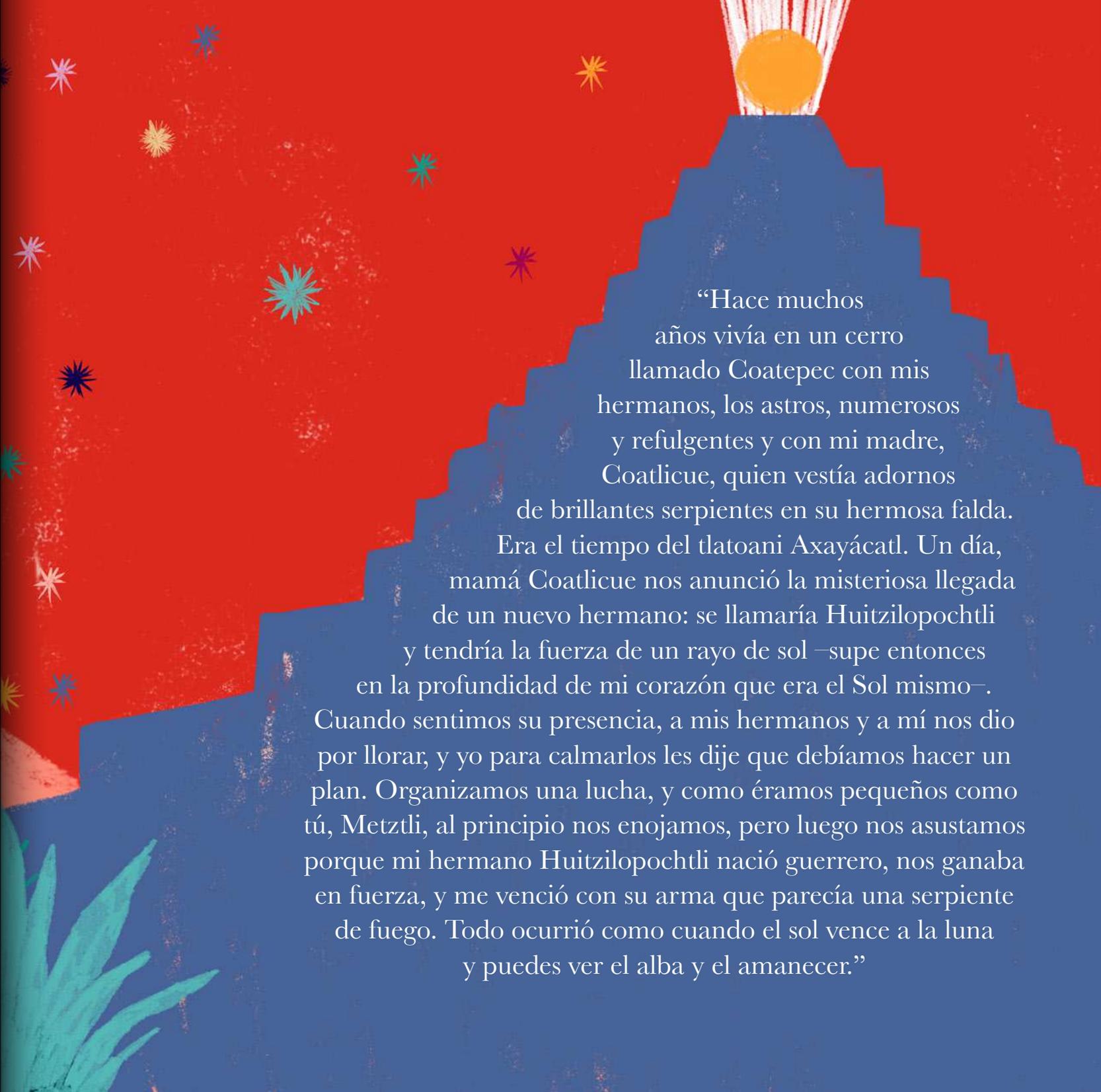


La pequeña Metzli durmió con sus dos sandalias de sueño y esa noche la luna plenilunio, con su grandeza brillante, entró suave por su ventana y le dijo:





“Metztli, tu poema es una ofrenda para mi corazón; lo acepto. Aquí estoy como me lo pediste. Te diré quién soy y cómo llegué al cielo que tanto miras con tus ojitos de sueño.”



“Hace muchos años vivía en un cerro llamado Coatepec con mis hermanos, los astros, numerosos y refulgentes y con mi madre, Coatlicue, quien vestía adornos de brillantes serpientes en su hermosa falda. Era el tiempo del tlatoani Axayácatl. Un día, mamá Coatlicue nos anunció la misteriosa llegada de un nuevo hermano: se llamaría Huitzilopochtli y tendría la fuerza de un rayo de sol —supe entonces en la profundidad de mi corazón que era el Sol mismo—. Cuando sentimos su presencia, a mis hermanos y a mí nos dio por llorar, y yo para calmarlos les dije que debíamos hacer un plan. Organizamos una lucha, y como éramos pequeños como tú, Metztli, al principio nos enojamos, pero luego nos asustamos porque mi hermano Huitzilopochtli nació guerrero, nos ganaba en fuerza, y me venció con su arma que parecía una serpiente de fuego. Todo ocurrió como cuando el sol vence a la luna y puedes ver el alba y el amanecer.”



“Mi hermano me arrojó desde lo más alto del cerro de Coatepec: mi cuerpo se fragmentó en pequeñas fases y comencé a rodar. Comprendí que esa derrota había cambiado mi naturaleza: ahora tendría personalidades y rostros distintos. A partir de ese día sería luna creciente, luna menguante, luna nueva, luna llena. Cambiaría porque ese sería mi nuevo poder, el cambio, gracias al cual todos los seres de la Tierra se renovarían, se pondrían ropitas nuevas, como también lo haría yo. Ése sería mi verdadero rostro: el cambio. Avanza la noche; debo ponerme los adornos que combinen con mi nuevo rostro.”

Metztli despertó por unos segundos
y volvió a dormir feliz porque
sabía que en su siguiente sueño
continuaría su charla con la luna.

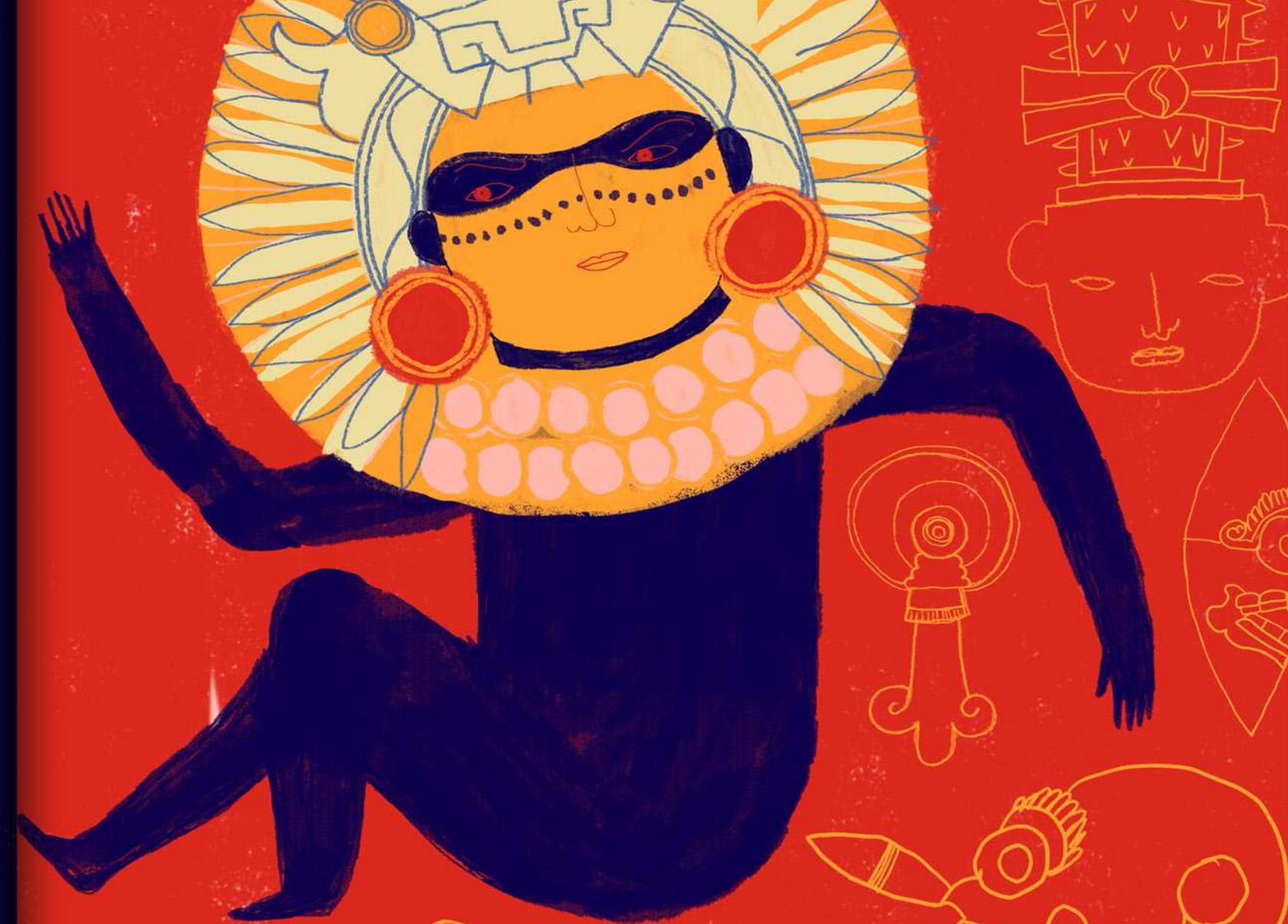




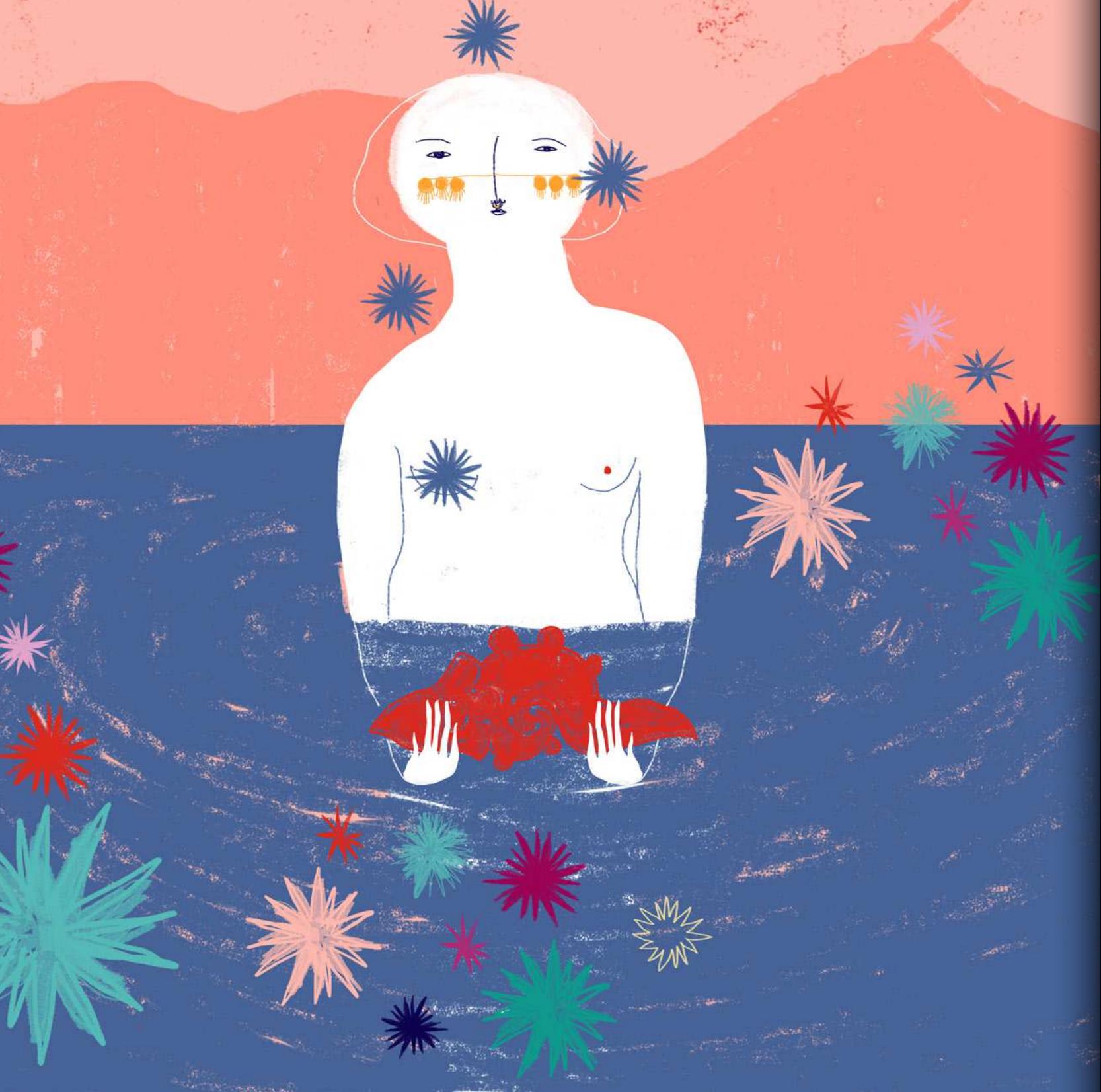
“Metztli, tu nombre es náhuatl como el mío: Coyolxauhqui. Mi hermano Huitzilopochtli y yo creamos un mito, una historia. En ella se cuenta que yo, al ser derrotada cada día por el sol, suelo fragmentarme en mis rostros y fases, como cuando mi hermano me arrojó al vacío celeste. Ese fue el origen de Coyolxauhqui, la diosa lunar.”



“Soy la luna que tiene cascabeles en las mejillas: adornos cuyas formas son caracoles, música del mar para danzar; siempre podrás reconocerme gracias a mis adornos.”



“Mi hermano Huitzilopochtli es el Sol, él nació guerrero; yo soy la Luna, soy pacífica. Él tiene poder sobre el día, yo sobre la noche. Durante mis ciclos suceden transformaciones en la naturaleza. Se hace más profunda la noche y tengo que ir por mi siguiente atuendo para la fiesta del plenilunio.”



Mientras la luna Coyolxauhqui cambiaba de cara, Metztli despertó con muchas ganas de seguir coleccionando sueños en su diario y de hacer más poemas para su amiga la luna. Coyolxauhqui aún tenía un secreto que revelarle a Metztli: que a ella, en tiempos del tlatoani Axayácatl, le hacían regalos muy peculiares.



“Niña de sandalias de sueño, en esta noche
mis hermanos y yo te protegemos, y la estrella del sur
me ha prometido que te acompañará siempre para darte
amor y claridad; tendrás una buena estrella.”

“Hoy te contaré sobre mi cara oculta. Yo, como diosa del cielo nocturno, tengo poderes e influjo en todo lo viviente con sensible inteligencia. Según mis rostros, muevo la vida en el mar y los ciclos de vida en la tierra.

Amo el corazón de los humanos, porque para mí significa amor. Pero los antiguos mexicanos comenzaron a adorarme para que nunca abandonara a la naturaleza. Me hicieron fiestas llamadas Panquetzaliztli en las que me ofrendaban corazones humanos. Así era la vida en aquel tiempo de la gran Tenochtitlan, donde ahora sueñas, en el Templo Mayor.

Una vez más tengo que cambiar de rostro, y aún no he ido por los cascabeles que me han labrado con el sonido que hace la Tierra al girar. Dulces sueños.”





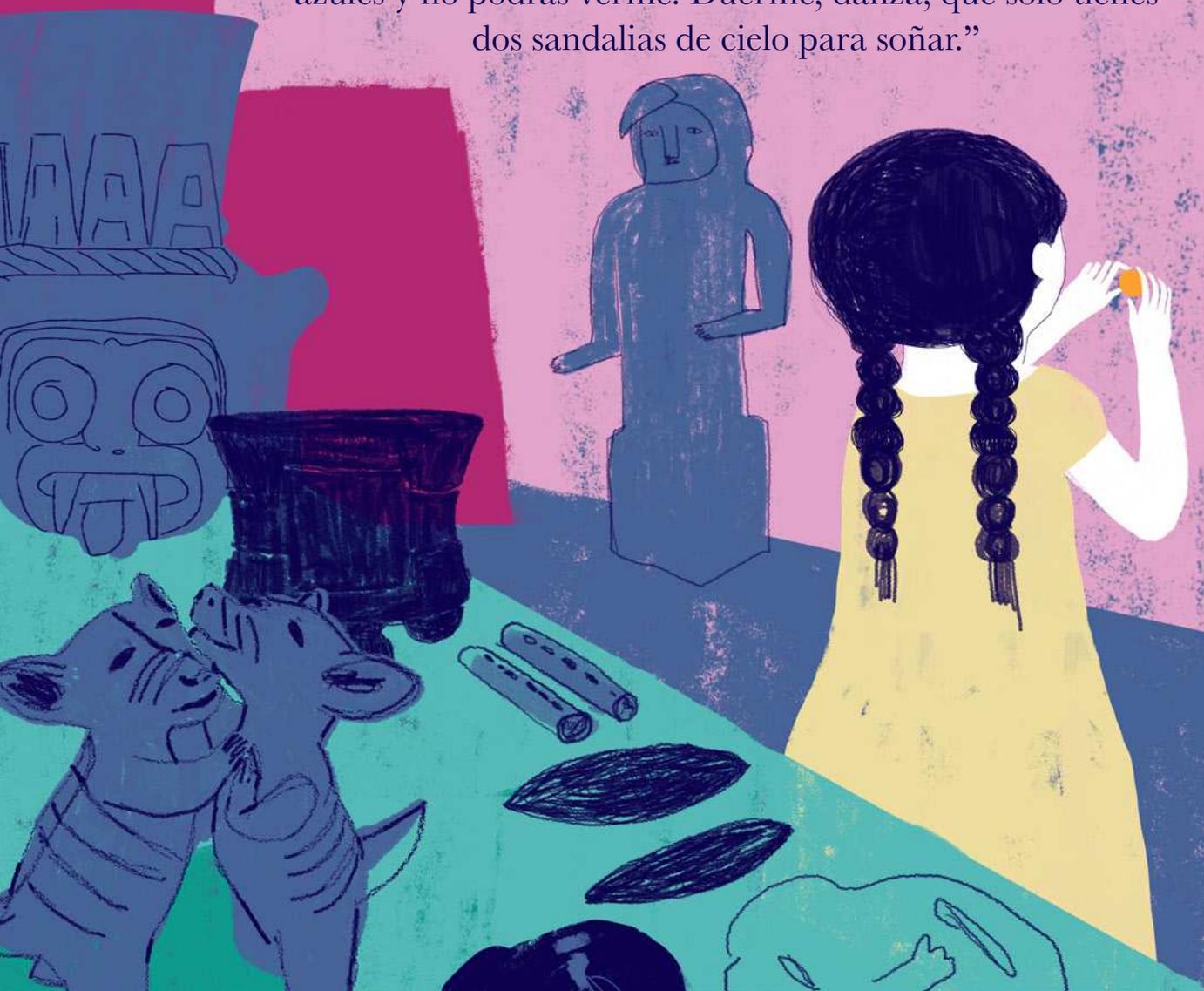
Metztlí ya sabía casi todo acerca de su amiga Coyolxauhqui, sólo le quedaba una duda. Un día su abuelo la había llevado al Museo del Templo Mayor y la había dejado sentadita junto a aquel monolito redondo de ocho toneladas. Le dijo que escuchara lo que la luna le contaría. Allí quedó Metztlí, atónita. Miró a Coyolxauhqui en un círculo de piedra labrada, dio vuelta al monolito y descubrió los cascabeles en sus mejillas. Encontró que en su mochilita de exploradora de museos traía un cascabel que tomó entre sus manos y lo levantó para que Coyolxauhqui monolito lo viera.

“Quinientos años después de haber sido diosa de los antiguos mexicanos emergí al pie del Templo Mayor hecha un monolito redondo de ocho toneladas, tallada por escultoras mexicas que aún recuerdo.

Tú, pequeña Metzli, no habías nacido cuando me descubrieron en 1978. En la Ciudad de México parecían lunáticos por el hallazgo

de mi escultura y mis ofrendas: una caracola y unos peces.

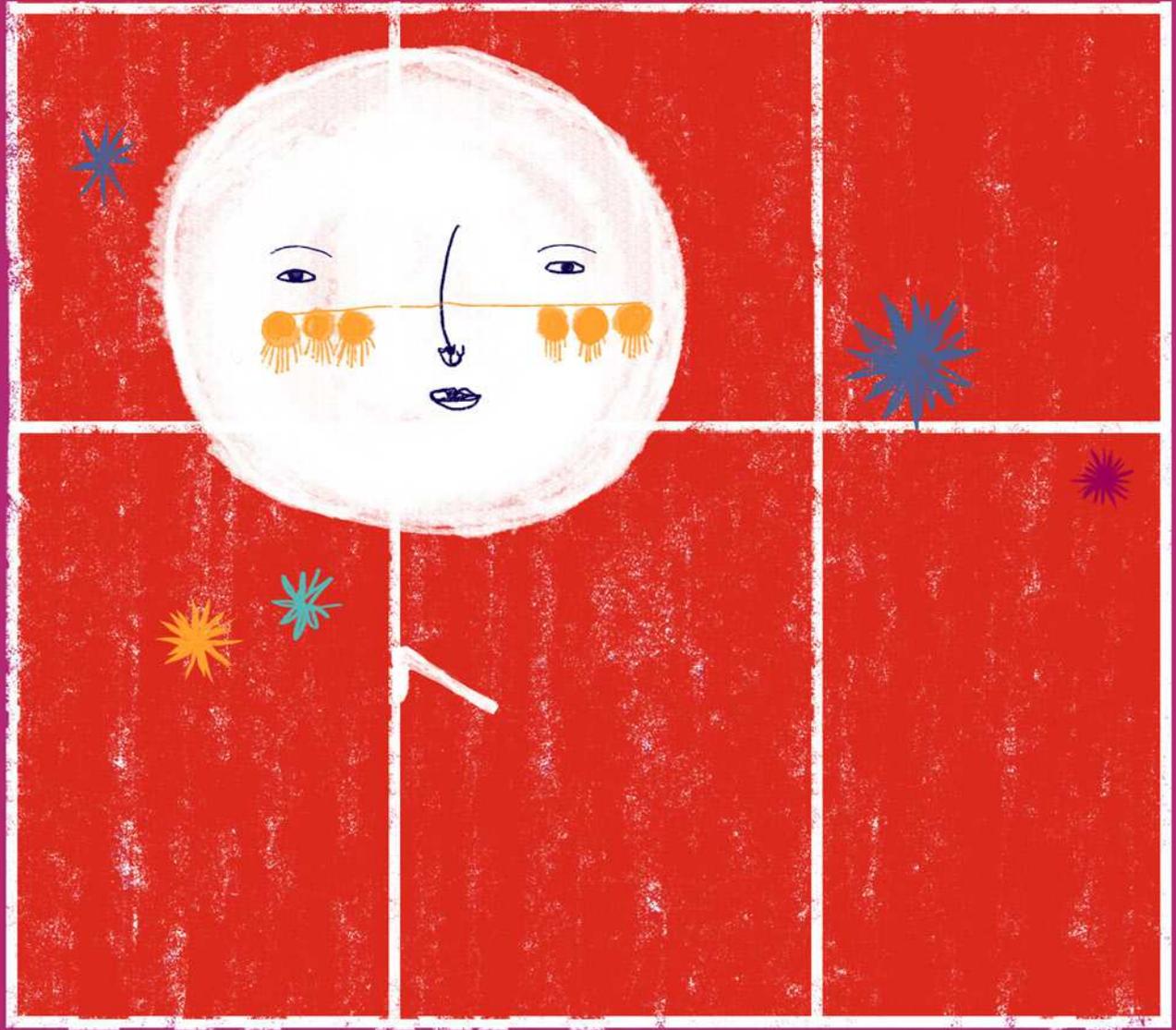
Ahora entraré en mi fase más oscura, mis adornos se tornan azules y no podrás verme. Duerme, danza, que sólo tienes dos sandalias de cielo para soñar.”

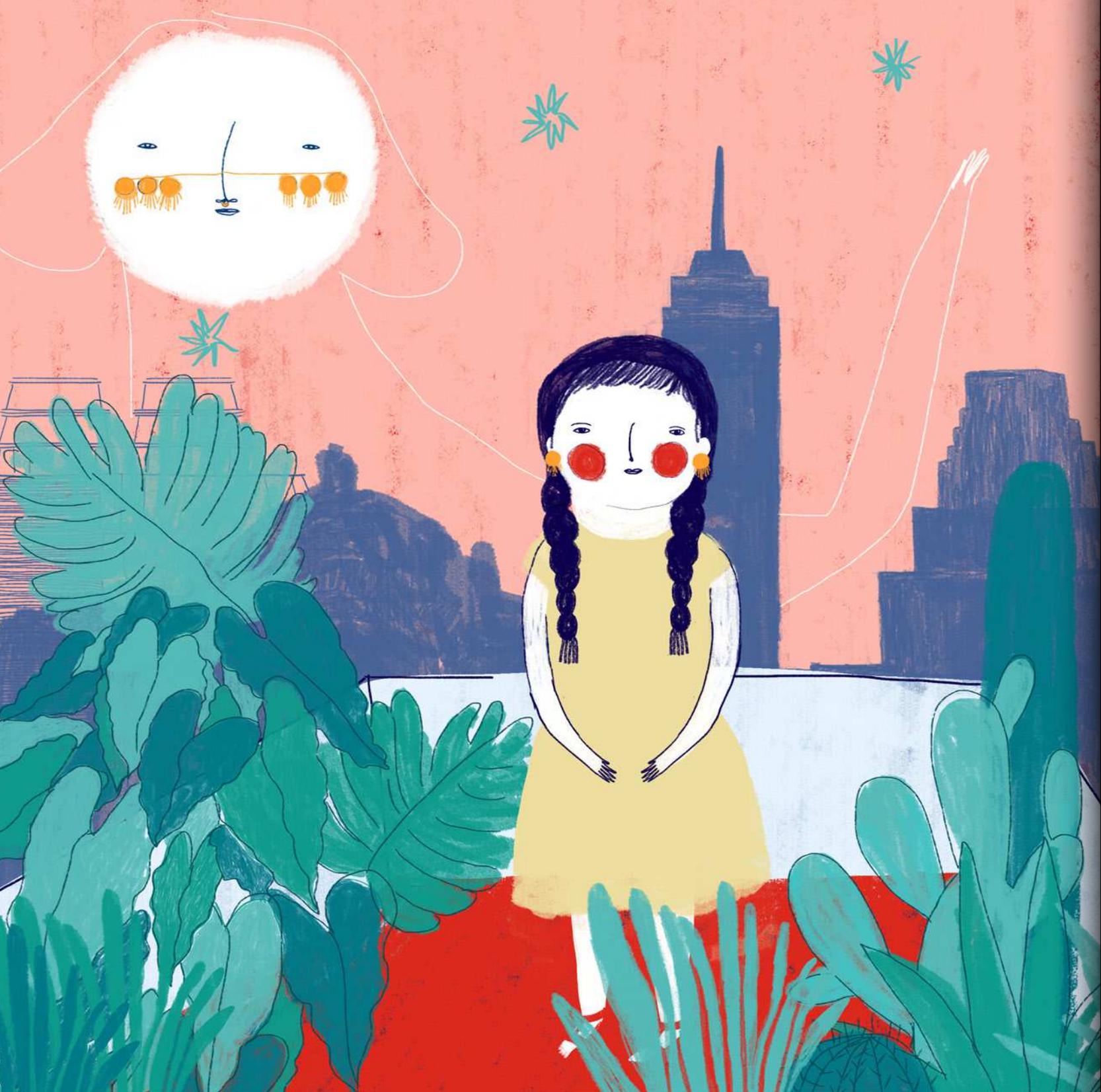




Metztlí despertó esa mañana con la alegría de un cascabel y, al mirarse en el espejo, recordó que muy pronto podría ya usar esas zapatillas que le harían verse como una joven con adornos en los pies y rubor en las mejillas.







Querido diario:

Hoy es mi cumpleaños. Ya tengo mis regalos: un coyol y una historia, la de la luna que tenía cascabeles en las mejillas: Coyolxauhqui. Ella leyó mis cartas y me habló en mis sueños.

La llevaré en mi corazón y, al mirarla cada noche junto a sus hermanos, las estrellas, le agradeceré la vida en la Tierra, con cada uno de sus rostros adornados de cascabeles. Y como ella, cambio y crezco. Danzaré para que todos los niños del mundo seamos felices a la luz de la luna.

Coyolxauhqui
Cascabeles en el rostro
Tomo 14 de la colección Axolotl
Primera edición: mayo de 2016

D.R. © 2014 Edna Aponte
D.R. © 2015 Silvana Ávila, por las ilustraciones
D.R. © 2015 CACCIANI, S.A. de C.V.
Prolongación Av. Central N° 394
Col. San Pedro de los Pinos
01180 Ciudad de México

contacto@fundacionarmella.org
www.fundacionarmella.org

Dirección editorial: Nathalie Armella Spitalier
Asistente de redacción: Natalia Ramos Garay
Diseño editorial: Berenice Ceja Juárez

ISBN: 978-607-8415-85-4

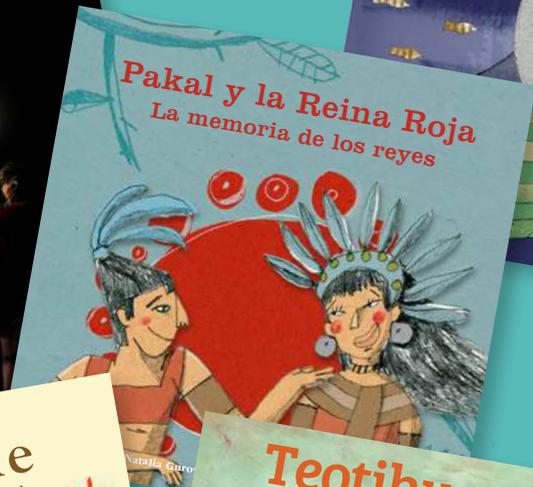
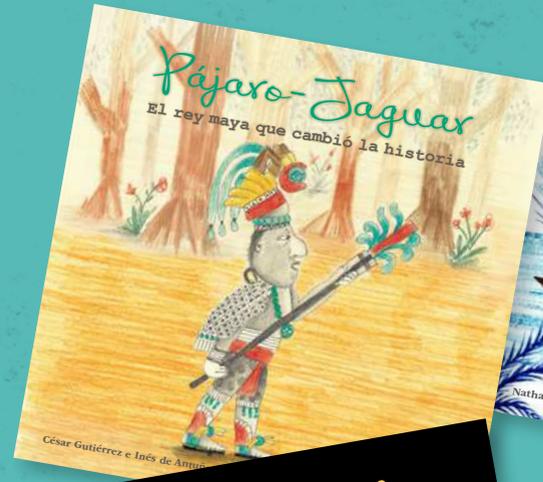
Todos los derechos reservados. Queda prohibida
la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento sin la
autorización de los titulares.





AXOLOTL

De la misma colección:



FCDS



Durante
mis fases
mis miembros están
separados pero
estamos unidos.
Me separo
y me uno cada
28 días.
Cambio de caras:
somos
las diosas
blancas.

Mi
esencia
es una:
Coyolxauhqui.
¡Y te
regalaré
cascabeles
para danzar!
¡Brilla
con la
alegría
de las
estrellas!
¡Niñas
del
mundo,
dancemos!



La enorme escultura de Coyolxauhqui se encontró al pie del Templo Mayor de Tenochtitlan en 1978 y tiene aproximadamente 545 años de antigüedad.



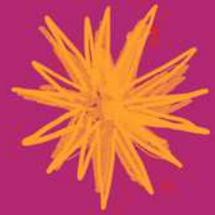
A unos cuantos metros de donde estaba Coyolxauhqui, también se encontró la enorme escultura de Tlaltecuhli, diosa de la Tierra.



El Templo Mayor representa el cerro Coatlicue, donde sucedió la batalla cómica entre los hermanos. Como en el mito, arriba del Templo Mayor está Huizililopochtli, el vencedor, y al pie de la montaña está Coyolxauhqui derrotada.



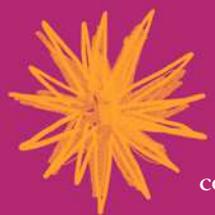
Coyolxauhqui está esculpida en una sola pieza de roca volcánica. Mide tres metros de diámetro y pesa ocho toneladas.



En la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología puedes ver otra representación de Coyolxauhqui: una cabeza con plumas en el pelo, nariguetas y orejeras en forma de rayo, y por supuesto, los cascabeles en el rostro.



AXOLOTL



FCAS

ISBN: 978-607-8415-85-4
 contacto@fundacionarmella.org
 www.fundacionarmella.org
 Año de publicación: 2016